

CRECIMIENTO INDUSTRIAL Y OCCIDENTALIZACIÓN EN LA UNIÓN SOVIÉTICA

ARVID BRODERSEN,
de la New School for Social Research

EL LEMA SOVIÉTICO DE “nosotros alcanzaremos a los Estados Unidos” no es nuevo, aun cuando ha cobrado nueva importancia como parte de la campaña de Jruschov sobre “la coexistencia pacífica”. Había sido ya anticipado por Lenin; y Stalin, al iniciarse el período de la industrialización en masa, incluso fijó como plazo límite el año de 1936, el cual vino a ser superado por los acontecimientos históricos. Jruschov ha estado fijando diferentes plazos, algunos de los cuales son ya caducos (como el de la carne-y-mantequilla, promesa que él hizo en 1957 para 1960, y que ahora ha venido siendo omitida en las nuevas ediciones de sus discursos), mientras que otros todavía están en pie: “1970”, “dentro de veinte años”, etc.

Este juego de fijar una fecha definida, el cual puede parecer absurdo, no tiene otro objeto que el de servir de propaganda para uso doméstico y como tal muy bien puede redundar en perjuicio de quienes lo originan. Pero no hay nada de ridículo en la proposición y aspiración soviética *en general*. Desde 1928, cuando los bolcheviques colocaron a la nación en un nivel de capacidad industrial igual al del período de la pre-guerra, la habían hecho ascender desde el quinto hasta el segundo lugar entre las potencias económicas del mundo. Su producción en los sectores de la industria pesada crece aún a un ritmo que es aproximadamente el doble del que siguen los Estados Unidos. Por lo tanto, es natural que los economistas y los políticos occidentales

hayan prestado la más cuidadosa atención a este asunto del “desafío soviético”: ¿Cuáles son sus verdaderas proporciones? ¿Cuál es el pronóstico previsible para el futuro mediano e inmediato? Y, sobre todo, ¿cuál es el probable impacto que los lineamientos de la economía soviética pueden causar en el desarrollo de la sociedad soviética misma y en su sistema socio-político? ¿Están ellos contribuyendo de manera definitiva a hacer que el pueblo soviético sea más “occidental” en sus puntos de vista y en su forma de vida?

En 1913 Rusia estaba colocada después de los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia, pero —y esto es también importante— antes que todo el resto de las naciones del mundo. Hoy, y desde hace algún tiempo, está colocada en el segundo lugar, sólo superada por los Estados Unidos, y resulta legítimo, verdaderamente lógico, preguntarse ahora si irá a dejar atrás también a los Estados Unidos, como ocurrió con los otros países, y cuándo, en su caso, va esto a ocurrir. En 1928 la industria soviética producía aproximadamente la décima parte de lo que producía la norteamericana; pero ahora produce quizá más de la mitad. Si se mide en productividad de trabajo (producción por hombre-hora) lo logrado por los soviéticos es todavía menos de la mitad de lo de Estados Unidos, pero debido a una tasa de inversión considerablemente más elevada (más hombres, más capital puestos en nueva producción cada año), tal vez del 25 % al 30 % anual, contra un 10 %, el total anual del *aumento* de la producción (crecimiento económico) es tal vez el doble del norteamericano o más. Volveremos a esta cuestión del índice de crecimiento, que es actualmente un tema fundamental en las discusiones entre los economistas. Pero antes hagamos algunas observaciones sobre las peculiaridades del crecimiento económico soviético. Éste se ha caracterizado durante todo el período, por una extraordinaria irregularidad, tanto por lo que respecta a las áreas de actividad económica, como por lo que se refiere al ritmo de expansión. El hecho más sorprendente de este rápido y extensivo crecimiento industrial es que se haya realizado al precio de un estancamiento virtual de la agricultura, aun cuando ésta to-

avía absorbe más del 40 % del total de la mano de obra, es decir, aproximadamente lo mismo que la industria.¹ El adelanto ha sido ligeramente menos irregular dentro del complejo de la industria y de la construcción: demasiado activa en los sectores de la industria pesada (materias primas, maquinaria, armamentos), más o menos inactiva en la industria ligera y de la construcción civil (artículos de consumo, vivienda). Encontramos, por ejemplo, que la producción de acero ha saltado de 4.2 millones de toneladas (1913) a 71 millones de toneladas (1962); la de carbón de 29.1 (1913) a 513.2 millones de toneladas (1960), y la del petróleo en el mismo período, de 9.2 a 147.9 millones de toneladas. Al mismo tiempo encontramos que los artículos de consumo se mantuvieron al mínimo y que, a pesar de recientes aumentos, los índices son inferiores al promedio, si se los compara con los de otras sociedades industrializadas, como Inglaterra y Francia y por supuesto los Estados Unidos. Nos encontramos con la paradoja de que en el segundo país más rico del mundo (en términos del producto nacional total) el pueblo, con excepción de las minorías privilegiadas, vive todavía en la pobreza. Esto, a propósito, es un ejemplo ilustrativo de la diferencia significativa que existe entre *crecimiento* económico y *desarrollo* socio-económico. Nos hemos venido refiriendo solamente al primero. Su alarmante irregularidad ha suscitado problemas hasta el presente, y los seguirá suscitando en el futuro, con respecto al desarrollo de la sociedad soviética.

Tal vez menos importante, pero difícilmente menos sorprendente, es la irregularidad en el ritmo y el tiempo (tempo) de esta impresionante, aunque en gran medida selectiva, expansión industrial durante el período de 1928 a 1963. No debe uno dejarse confundir por la aparente precisión cronométrica de los sucesivos Planes Quinquenales. Ninguno de ellos fue cumplido en su exacto sentido y hay grandes diferencias entre lo planeado y lo que realmente fue realizado. El período sobresaliente fue el comprendido entre los años de 1929 y 1936 inclusive, es decir, el primer Plan Quinquenal menos el primer año y el segundo Plan Quinquenal

menos el último año, en el que los modelos básicos institucionales de la economía soviética fueron establecidos. Durante esos primeros años la cifra de crecimiento promedió un 12 % o más por año, siendo más baja al comienzo y considerablemente más elevada al final del período, según afirma Gregory Grossman. Como constante, los siguientes cuatro años, 1937-1940, mostraron una cifra de crecimiento mucho más baja; fueron éstos los años de la Gran Purga y los del frenético desarrollo militar. Vino luego, por supuesto, un período de diez años de guerra y de reconstrucción, en el que una tercera parte del capital de la Unión Soviética invertido en equipo fue primeramente destruido en su totalidad y después reconstruido hasta alcanzar de nuevo el mismo nivel de la pre-guerra. Después del repentino descenso y posterior rápido ascenso durante este período sumamente "anormal", la producción industrial volvió a aumentar de nuevo, de acuerdo con las declaraciones oficiales soviéticas, a un ritmo promedio anual del 12 % (1950-58). Sin embargo, esta cifra ha sido puesta en duda por los expertos occidentales y —con mayor cautela— aún por los más destacados economistas soviéticos. El erudito debate que por algún tiempo atrajo la atención de los especialistas occidentales y orientales, se centró en el problema del crecimiento industrial soviético en general, sometiendo a análisis críticos una variedad de hipótesis, incluyendo especialmente el índice de crecimiento oficial soviético.

El debate, que casi ha llenado algunas de las publicaciones periódicas especializadas y que ha sido tema de numerosos libros y monografías en los últimos años, debe su naturaleza de empresa académica seria al hecho de que el gobierno soviético ha publicado desde 1956 estadísticas más completas y más fidedignas de lo que antes eran, aun cuando las cifras son todavía ambiguas y con frecuencia dan lugar a las más variadas interpretaciones. Encontramos, por lo tanto, muchas escuelas diferentes entre los economistas occidentales y en cierta medida incluso entre los mismos soviéticos. ¿Cuáles son, a grandes rasgos, las principales posiciones que se han tomado?

Por lo que se refiere a los autores soviéticos, la literatura especializada en este tema (tan distinta de la meramente política) prevé como una meta posible para la década de 1960-70 alcanzar y sobrepasar la producción de los Estados Unidos en ciertos renglones claves, especialmente aquellos de significación militar (acero, etc.), pero sin llegar todavía al nivel de los Estados Unidos en su producto nacional bruto, o consumo civil. Sin embargo, es considerado como posible alcanzar desde esta base, dentro de un término relativamente corto, un nivel *generalmente* igual al de los Estados Unidos, y pronto aún más alto. Hay un desacuerdo entre los sabios soviéticos, no a propósito de esta aseveración como tal, sino con respecto al posible paso y ritmo del crecimiento económico soviético en el futuro. El primer Plan de Siete Años, que debería de regir desde 1959 hasta 1965 y que reemplazó al sexto Plan Quinquenal dos años antes de que estuviera terminado, estuvo basado en una previsión anual de aumento de $8\frac{1}{2}\%$. Si se le compara con el índice oficial del 12% del período precedente de ocho o nueve años, esto parece significar un realismo astuto, evidentemente adoptado debido al consejo de los expertos economistas del gobierno. Esta actitud fue criticada en ese tiempo por otros economistas soviéticos, quienes sostenían que debería fijarse más altas metas. Los acontecimientos parecen haber probado que tanto los consejeros como sus críticos estaban equivocados, dado que el Plan fue abandonado después de sólo cuatro años. Ahora va a ser substituido, primero por un Plan Extraordinario de Dos Años de 1964 a 1965, como una medida para cubrir la grieta, y más tarde por un nuevo Plan Quinquenal, no obstante las repetidas declaraciones de Jruschov en 1957 en el sentido de que los planes quinquenales ya no se ajustaban a las nuevas condiciones de la economía soviética. Hay probabilidades de que las metas fijadas sean ahora revisadas, para reducirse, antes que para aumentarse, aunque las más importantes revisiones aparentemente se refieren a los aspectos de organización y administración de la economía y no a los de las cifras de producción.

Los expertos occidentales discrepan entre ellos mismos en

sus estimaciones del crecimiento económico soviético, tanto por lo que se refiere al pasado como por lo que concierne al futuro. Hay quienes tienden a coincidir, más o menos, con las declaraciones soviéticas de tipo moderado. Entre ellos podría citarse, por ejemplo, a Michael Kaser, el reputado economista y estadístico de la Sección de Investigación de la Comisión Económica para Europa, de las Naciones Unidas (Ginebra). Refiriéndose a los diferentes estudios más importantes en la materia, Kaser concluyó recientemente que “uno no estaría equivocado... al usar el índice Kaplan-Moorstein como el mejor sustituto cuando no sea posible obtener las series oficiales (soviéticas)”.² Este índice da para 22 años comprendidos entre 1928 y 1958, excluyendo los años de la guerra y de la post-guerra, un promedio anual de crecimiento de $9\frac{1}{2}\%$, y para el período más reciente de 1950-58, una tasa del 9% . Esta última cifra —un medio por ciento más alta que la proyectada oficialmente para el primer Plan Septenal— implica una duplicación de la producción industrial en ocho años, esto es, una tasa mucho más rápida que la lograda por los Estados Unidos en esta etapa, aún en los años de bonanza, “aun cuando tanto Francia como Alemania han estado promediando más que esto en la última década” (Alec Nove).

Otros economistas occidentales fijan la cifra un poco más abajo. Abram Bergson, en un estudio muy completo (*The Real National Income of Russia Since 1928*, Cambridge, Mass. 1961), llega a estimarla en un poco más del 7% . Un cálculo oficial de los Estados Unidos, recientemente publicado, probablemente basado en seria investigación, la estima en un poco menos del 7% (Allen W. Dulles, director de The Central Intelligence Agency, 1959). Con relación a esto, debe recordarse que la inclinación política oficial de los Estados Unidos al calcular esta cifra es más bien tendiente a aumentarla y no a disminuirla, dado que el objetivo evidente de sus publicaciones es el de “sobresaltar” al pueblo y a los legisladores norteamericanos para que aumenten sus esfuerzos al hacer frente al desafío soviético. Es sabido que la tasa de crecimiento económico en los Estados Unidos es apro-

ximadamente de $3\frac{1}{2}\%$, o sea la mitad de lo que aún los conservadores cálculos de la C.I.A. estiman para la Unión Soviética.

La horrible conclusión a la que llegan muchos de los expertos occidentales por consideraciones de este tipo es de que la producción industrial soviética, tarde o temprano, alcanzará y sobrepasará inevitablemente a la de los Estados Unidos. "Nada, sino una bomba de hidrógeno, puede detenerlos..." (Peter Wiles).

Los hay en el extremo opuesto, quienes basándose en premisas totalmente diferentes, predicen que lo más probable es que la Unión Soviética nunca alcanzará la producción industrial de los Estados Unidos y que incluso es posible que la distancia que los separa aumente a lo largo de la carrera. Este pronóstico "optimista" se apoya en una o en ambas de las siguientes suposiciones. La más importante de ellas es, según creo, la de que la tasa de crecimiento soviético, como la de los Estados Unidos, no ha sido constante en el pasado, sino que ha estado sujeta a fluctuaciones considerables a lo largo de los años. Esto aparentemente tiende a continuar, y además, cuando se alcanza un nivel de producción más elevado, el crecimiento normal anual es necesariamente menor, como ha ocurrido en los Estados Unidos y como es admitido que está ocurriendo también en la Unión Soviética. A un ritmo gradualmente más lento, la producción soviética no podrá nunca alcanzar la de los Estados Unidos, aun cuando se le aproxime por algún tiempo. Esta hipótesis, entre otras, es examinada en detalle por G. W. Nutter en un libro importante de reciente publicación, *The Growth of Industrial Production in the Soviet Union* (1962).

La segunda suposición, sostenida por Colin Clark, autoridad eminente en la teoría del crecimiento económico, se refiere a las tendencias de la población en los dos países. Los Estados Unidos tienen actualmente un índice de natalidad superior al de la Unión Soviética: si esta tendencia continúa, así como si sigue la tendencia soviética en sentido descendente, con el tiempo la diferencia en número de habitantes irá siendo menor, de tal suerte que para la década de 1980-90

las dos naciones serán aproximadamente iguales en número. Al mismo tiempo, la Unión Soviética está "atrapada en la trampa de la mano de obra", que confina más del 40 % de la fuerza de trabajo a la agricultura, mientras que en los Estados Unidos solamente el ocho por ciento de la población activa se dedica a la agricultura (y aún así —como está altamente mecanizada y científicamente administrada— produce una tercera parte más que lo que producen los agricultores soviéticos). La fuerza de trabajo no-agrícola de los Estados Unidos "es ya superior a la de la Unión Soviética, y debido al índice de natalidad esta diferencia continuará en aumento". De estas premisas Clark concluyó lo siguiente en una entrevista reciente: si cada trabajador norteamericano produce más que cada ruso (como así ocurre, con mucho); si su eficiencia aumenta a un paso más rápido (como así es, por un factor de casi uno, es decir, el doble); y si ha de haber más norteamericanos trabajando (como lo indican las respectivas tendencias de los índices de natalidad y las estructuras diferentes de las dos fuerzas de trabajo), entonces —dice Clark— la ventaja de los Estados Unidos no puede acortarse sino que tiene que aumentar (*Look*, 27 de Sept. de 1960).

Entre estas dos escuelas extremas hay varias posiciones intermedias y uno podría verse tentado a adoptar sin rodeos una de ellas como la más creíble, fundado en consideraciones de sentido común. Sin embargo, la autoridad académica y la documentación que respaldan las escuelas extremas parecen ser no menos importantes o impresionantes que las de las intermedias. Uno se ve obligado a llegar a la conclusión de que aún después de los mejores (y más costosos) esfuerzos de la ciencia económica moderna, la respuesta a la pregunta de si la economía soviética va a sobrepasar a la de los Estados Unidos, y cuándo, es simplemente que sobre este punto una conjetura es tan buena como la otra. Sólo el tiempo y los acontecimientos pueden decidir. Para fines de la presente década podremos —o no podremos— saber más de lo que ahora sabemos.

Pero sea cual fuere la respuesta, una pregunta diferente

puede ser ahora más pertinente: *¿Qué importa esto realmente?* Competencias de este tipo entre naciones es una cosa normal en la historia. Aun en nuestro tiempo, la competencia no se limita exclusivamente al caso de la Unión Soviética contra los Estados Unidos. La Europa occidental está compitiendo también (reuniendo sus fuerzas); China podrá estar en la carrera dentro de poco. Si la Unión Soviética logra conquistar el primer lugar, no sería el primer caso en la historia. Esto ha pasado antes con frecuencia. En honor a la verdad, los mismos Estados Unidos no hace mucho tiempo se clasificaban atrás de varias naciones europeas, y las alcanzó a todas, una por una. La competencia como tal no tiene nada que pueda molestar a nadie. En efecto, los soviéticos están de acuerdo con el resto de nosotros en que es un ejercicio bueno y saludable —siempre y cuando tenga lugar *entre* naciones (si ocurre en un mercado libre *dentro* de una economía nacional entonces es, de acuerdo con la ideología soviética, una abominación “capitalista”).

Lo que nos importa al tratar de entender el sistema soviético y los problemas que crea con su siempre creciente poder industrial es, primero: ¿Qué significa este desafío para los líderes soviéticos y para las masas mismas? De acuerdo con el significado que tenga, ¿cómo definen ellos su posición con respecto al resto del mundo? Y, segundo: ¿dónde puede probablemente llevarles esta empresa, tenga o no tenga buen éxito?

Estas preguntas son temas centrales en la ideología soviética, la cual por consiguiente proporciona sus propias respuestas. Repetidas constantemente, éstas son muy conocidas, aunque no siempre entendidas, puesto que la mayor parte de la gente tiende sea a aceptarlas por acto de fe, sea a rechazarlas por cuestión de principios. Con todo, es importante que sean entendidas, y la literatura sobre el asunto no es escasa. En el contexto de este artículo solamente esbozará, a grandes rasgos, la estructura lógica del argumento soviético y luego comentaré brevemente uno o dos de sus puntos más sobresalientes.

Tend.

El argumento presenta un silogismo con las siguientes premisas:

1. El sistema soviético, incluyendo especialmente su economía, igual a *socialismo*, como lo definen los marxistas soviéticos. El sistema competidor, encabezado por los Estados Unidos, igual a *capitalismo*, como lo definen los marxistas soviéticos.

2. La historia de la humanidad es un proceso único, unilineal y universal que se mueve en el tiempo mediante una sucesión de seis fases distintivas, cada una de ellas más desarrollada que la anterior y que por virtud de esta superioridad de desarrollo, necesariamente y también con justicia suprime y substituye a su antecedente.

3. Puesto que el socialismo surge en la historia como un sistema posterior, y por lo tanto superior, al capitalismo, éste será inevitable y legítimamente substituido por aquél. Y puesto que el sistema soviético igual a socialismo y el sistema competidor igual a capitalismo, *se concluye por una ley de estricta lógica*, que éste no puede evitar ser derrotado por aquél y que tome su lugar en la etapa histórica —no relegándolo a segundo término, sino aniquilándolo completamente—. (“Nosotros os enterraremos”).

Investigadores de la ideología soviética han estado en desacuerdo con este argumento en cada uno de sus puntos.

Yo puedo comentar aquí solamente dos de los elementos contenidos en él. Uno de ellos se refiere a la manipulación, en el lenguaje ideológico soviético en general, de los conceptos claves “capitalismo” y “socialismo”, usándolos en gran escala como etiquetas, sin diferenciar la identificación de los sistemas respectivos. Aun los economistas soviéticos, comprometidos con la concepción bipolar (“dos-campos”) del mundo contemporáneo, no han podido ignorar las numerosas variaciones entre las sociedades industriales no-comunistas (“capitalistas”) y los abundantes componentes de “socialismo” que hay en muchas de ellas, si no en todas. Eugenio Varga, el destacado especialista soviético en economía internacional, señaló este hecho en un libro publicado inmediatamente después de la segunda guerra mundial, el cual fue rápidamente

censurado. Resulta innecesario decir que muchos de los occidentales del bando de izquierda se resienten por la práctica soviética de aplicar el nombre de socialismo únicamente para el sistema soviético, y algunos llegan incluso a negarle en absoluto el derecho de usarlo y les parece que una denominación más adecuada sería la de "capitalismo de Estado". El punto a tratar aquí no es el de si los conceptos como socialismo y capitalismo son inútiles, sino el de si los significados atribuidos por la terminología soviética tienen escaso fundamento en la realidad concreta, cosa que se afirma sin haberlos nunca sometido a prueba en las sociedades reales; son usados simplemente como si las etiquetas correspondieran en efecto a la realidad. Este truco del sombrero, conocido en el lenguaje filosófico adecuado como *Begriffsrealismus*, es el primer engaño sobre el cual se apoya ese silogismo soviético, y sin el cual se hundiría.

Otra parte del argumento, que será tratada brevemente aquí, se refiere al contexto más amplio dentro del cual se encuentran los conceptos de capitalismo y socialismo: el esquema de seis etapas que describe la historia universal como una escalera mecánica que conduce sucesivamente del comunismo primitivo a la esclavitud, al feudalismo, al capitalismo, al socialismo y, finalmente, en el último peldaño, al comunismo total. Este esquema no es, por supuesto, otra cosa sino una adaptación fiel de Marx y Engels, y el peso de la crítica ha sido correctamente dirigido más bien contra sus autores que contra sus modernos discípulos. Cuando se afirma que la ideología soviética en este caso particular se apoya en la ortodoxia marxista, uno hace dos clases diferentes de reservas contra ello: en primer lugar, las numerosas críticas severas —actualmente más o menos bien conocidas— sustentadas por cientos de estudiosos, con relación a este esquematización particular de la historia; y en segundo lugar, la reserva contra la ortodoxia soviética, que en este caso particular significa ignorar no solamente el trabajo académico sobre este tema, de los sociólogos post-marxistas, sino además ignorar ciertas importantes contradicciones no resueltas en el tratamiento de los problemas por el propio

Marx. Esta segunda reserva, la más importante, es la que voy a comentar.

En el prólogo de su *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), inmediatamente después del famoso pasaje en el cual Marx define lo más sucintamente su concepto de la historia, hay un párrafo, citado más raramente, el cual empieza: "A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués". Obviamente este es un primer modelo del esquema de las etapas históricas, que más tarde adquirió su formulación final a través de Engels. El significado es claro en cuanto se refiere a las últimas tres etapas. El término "antiguo" se refiere a ese modo de producción que más tarde es llamado *esclavitud*; "feudal", no sufre cambios (feudalismo); y "moderno burgués", se convierte en *capitalismo*. Pero ¿qué sucede con la etapa que Marx mencionó en primer término, "la asiática"? Evidentemente ésta no es idéntica a la de *comunismo primitivo*, que Engels coloca en el primer lugar del esquema sólo mucho más tarde, al parecer bajo la inspiración del libro de L. H. Morgan, *Ancient Society* (1877). Ni encaja la descripción de esta forma primitiva con "la asiática" —como la define Marx—, ni puede ser considerada un predecesor histórico de la segunda etapa, "la antigua". Más bien parece ser un sistema en sí mismo y no relacionado necesariamente con el resto de la serie.⁸ Al describirlo Marx siguió a los economistas clásicos ingleses, como Richard Jones y J. S. Mill, pero de una manera vaga, en realidad mucho más de lo que sus fuentes lo afirman. Él caracterizó a la sociedad asiática como dominada por "el Estado", "el gobernante", o "el soberano". Sus fuentes, de las que él no hizo una excepción expresa en este punto, claramente la describen como una burocracia despótica donde la clase gobernante era un círculo de oficiales, que no poseían los medios de producción como propiedad privada, pero que los manejaban a nombre del soberano y obtenían beneficios de los excedentes producidos.

Marx reconoció la importancia histórica del sistema asiá-

tico y dedicó tanto espacio a éste como a los otros sistemas con excepción del capitalismo moderno. Con todo, fue él, y no originalmente Engels, quien lo *omitió* en su posterior esquema de la historia. ¿Por qué? K. A. Wittfogel, un estudioso de Marx así como un notable especialista en sociedades asiáticas, cree que las razones fueron principalmente de naturaleza política. Al incluir este sistema entre las formas universales de la existencia histórica, Marx habría corrido el riesgo de provocar comparaciones indeseables entre este sistema y el socialista, ya descrito por algunos de sus críticos en términos que no presentaban diferencia con ciertas características del sistema "asiático". Prefirió evitar este riesgo, aun cuando esto significara mutilar su visión de la historia, y la de sus seguidores.

Esta mutilación, me gustaría añadir, resultó benéfica también en otros aspectos. Sin ella, el esquema habría sido muy complicado; la belleza y el poder de la simplificación simétrica —el escalonado movimiento unilateral de toda la humanidad por las cinco etapas hacia su destino final— habrían sido estropeados por este "algo que ni está aquí, ni allí": la etapa "asiática". Cuando Marx puso en el papel la frase arriba citada, probablemente todavía no había asimilado el *Origen de las especies*, el cual había aparecido un año antes (1858). Pero este libro habría pronto de excitar sus ideas, más que ningún otro contemporáneo. Prueba de esto es el hecho de que él, en una carta, le pidió a Darwin su autorización para dedicarle su próximo libro, *El capital*. La respuesta fue una negativa cortés y algo confusa. Pero de todas maneras la fusión moderna de la historia y de la biología era un hecho consumado. Y Marx y sus seguidores, especialmente los rusos, la llevaron al máximo.⁴ En el sentimiento popular y luego en la propaganda de masas, se unieron dos imágenes simples y obligadas: el camino ascendente de la vida, desde la amiba hasta el hombre; y el camino ascendente de la historia, desde el hombre comunista primitivo, hasta el hombre final, viviendo en comunismo total. En ambos caminos hay varias estaciones entre los puntos extremos y en ambos el movimiento —aquí de la vida, allá de

la historia— sigue forzosamente leyes naturales, como lo explica la ciencia.

La perspectiva histórica, como se presenta en la ideología soviética, se deriva de un marxismo no sólo mutilado por el propio Marx, sino además “sistematizado” y simplificado varias veces por Engels y los autores canónicos soviéticos, principalmente Lenin y Stalin. La visión que se convierte en una imagen, se ha convertido en una frase gastada, tallada por la repetición infinita en la era de la comunicación masiva.

El estudio de la Historia tiene un lugar prominente entre las ciencias sociales de la Unión Soviética. ¿Cómo tratan los historiadores soviéticos este problema de la sociedad “asiática”? Por una parte, no pueden ignorarla totalmente, puesto que está en Marx y también porque juega un papel importante en la historiografía rusa. Y, por otra, si es omitida del esquema general de los sistemas sociales, entonces tiene que ser incluida en uno de los otros sistemas “reconocidos”. En consecuencia, el problema ha sido tratado entre los investigadores soviéticos bajo el aspecto de determinar solamente si el sistema “asiático” es una forma de esclavitud o una forma de feudalismo, excluyendo la posibilidad de que sea un sistema que no es ni la una ni el otro, o la de que estuviera combinado con alguno de los sistemas *posteriores*, por ejemplo con el capitalismo (como “capitalismo de Estado”) o incluso con el socialismo (como lo define Wittfogel: “industrialismo oriental despótico”). La posición que prevalece entre los historiadores soviéticos, aprobada por el Partido, ha sido por mucho tiempo la de que la sociedad “asiática” fue una sociedad de esclavos, y que la teoría alternativa del “feudalismo eterno” del Oriente debe en consecuencia ser descartada como no científica. Sin embargo, el Profesor A. L. Sidorov, Director del Instituto Histórico de la Academia de Ciencias de la URSS, al referirse a la controversia, admite que el asunto no está todavía completamente aclarado; que actualmente los investigadores soviéticos ven la sociedad oriental como una variante de los sistemas esclavistas, “con algunas peculiaridades esenciales”, y que éstas deben ser atribuidas en parte a los aplazamientos de las condiciones primi-

tivas comunales y en parte al empleo de la mano de obra indígena en la producción, de gente que era explotada como si fueran verdaderos esclavos.⁵ Esta fórmula disminuye ya considerablemente el concepto original de esclavitud. Todavía más significativo es el hecho de que no se hace mención a los *propietarios* de los esclavos, que se supone forman la clase dirigente en una sociedad de esclavos. Esta es una omisión seria, puesto que el carácter peculiar de la sociedad oriental —como ya ha sido expuesto por otros escritores, incluso por Carlos Marx— es precisamente el de que la fuerza humana de trabajo no es propiedad de ninguna clase, sino que es controlada por burócratas y administradores que actúan como siervos (oficiales) de un soberano. En consecuencia, esta sociedad no es ni de esclavos, ni feudal, sino un sistema *sui géneris* que requiere una definición sociológica en sus propios términos...

En vista de lo anterior, parece legítimo preguntarse por qué los historiadores e ideólogos soviéticos se toman la molestia de eliminar de su esquema la sociedad asiática, sobre todo si se sabe que los rusos, más que ningún otro pueblo europeo, han tenido como un elemento de su propia historia y cultura una confrontación prolongada y masiva con Asia. Una escuela completa de historiadores rusos consideró esto como un factor decisivo en los destinos del país, y esta idea tuvo su importancia incluso entre los marxistas rusos. Plekhanov se refirió al "orden asiático" de Rusia y puso en guardia contra los peligros de su restauración. Con todo, los marxistas soviéticos, en vez de conceder al concepto un lugar propio en su esquema, decidieron colocarlo bajo otro rubro. Sus argumentos, que son a la vez un tema de especulación, más bien parecen ser de naturaleza política que de naturaleza académica. Wittfogel sugiere una motivación muy similar a la que él encontró en el caso del mismo Marx: que el concepto es evitado para que no invite a comparaciones entre la sociedad "asiática" y la propia soviética; entre los dirigentes del Kremlin y los soberanos del Oriente; y, especialmente, entre la clase administrativa de la Unión Soviética (la burocracia de la *intelligentsia* técnica) y la de una

sociedad de tipo "asiático" (el círculo de oficiales sirviendo al potentado).

La aparición de regímenes comunistas en Asia puede haber confirmado aún más a los marxistas soviéticos —y quizá incluso a los marxistas asiáticos— en su determinación de "destruir la teoría de la sociedad oriental", dado que esta teoría implica que las sociedades asiáticas, como la China, llegarían a la etapa del socialismo desde una posición original propia, muy diferente de la de otras sociedades, como por ejemplo las de Europa. La admisión de la teoría comprometería la doctrina general del progreso de la humanidad hacia el socialismo y el comunismo a través de una secuencia de etapas, universal, unilineal, común a *todas* las sociedades. Habría "diferentes caminos" desde muy lejos en la historia. También debilitaría la ya débil doctrina concomitante de que la experiencia soviética como la "primera nación socialista" le concede a la URSS el derecho de continuar como dirigente en todo el mundo. Es imposible decir cuántos caminos puede haber en el futuro y cuán diferentes serán unos de otros.

El estudio intenso hecho durante los últimos años sobre los problemas del crecimiento económico, y particularmente los del crecimiento industrial soviético, puede que no haya resuelto la cuestión de si la Unión Soviética va o no a emparejarse con los Estados Unidos ni la de cuándo, en su caso, ocurrirá esto; pero ha puesto en claro la posición clave del silogismo ideológico referente a la situación histórica del sistema económico soviético y a su funcionamiento, comparado con otros sistemas, tanto en el pasado como en el presente. Lo que ha salido a luz a este respecto, puede resumirse de la manera siguiente:

En 1913, Rusia —atrasada como estaba—, había ya pasado la etapa decisiva de su desarrollo económico inicial (el "despegue"), y había llegado al punto desde el cual normalmente, si no "inevitablemente", toda sociedad industrial va creciendo en forma regular, es decir, va aumentando sus ins-

talaciones y su producción año tras año. El país había tenido a lo largo de varias décadas de desarrollo, especialmente durante el período de Witte, el brillante ministro de finanzas (1893-1903), un período de construcción en grande escala de ferrocarriles (para enviar los granos al mercado mundial, como también lo hizo Canadá), y, en consecuencia, un aumento considerable de la industria pesada y un crecimiento en la producción del carbón y del acero. Este desarrollo inicial de la industria rusa fue, además, muy rápido. Entre 1890 y 1900 sobrepasó el 8 % anual; más bajo de lo que señalan las cifras oficiales soviéticas para los años culminantes de 1929-36, pero probablemente más alto que la tasa actual de crecimiento. La base industrial y el sistema ferroviario existentes en Rusia en 1917, eran suficientes no sólo para soportar mayor crecimiento industrial, sino para *producirlo* por ellos mismos, bajo cualquier gobierno, una vez que hubieran desaparecido los absurdos del zarismo.

El stalinismo no era el único camino posible para realizar el desarrollo económico de la Rusia post-zarista. De hecho la historia ofrecía no menos de tres alternativas: primera, la coalición previa a octubre de 1917 (el Gobierno provisional); segunda, los Mencheviques; y tercera, el ala Bukharin-Rykov del mismo Partido bolchevique. La victoria de octubre de los Bolcheviques, probó su superioridad en el arte de la insurrección y de la manipulación de masas; la victoria de Stalin en los últimos años de la década de los veinte, probó la superioridad de su pericia y su crueldad en la política de gabinete; pero ninguna de las dos victorias probó que el sistema político y la política económica que triunfaron fueran necesariamente superiores a las que se habrían puesto en ejecución de haberse dado alguna de las otras tres alternativas, en cuyo caso tanto el bolchevismo como el stalinismo habrían sido consecuentemente relegados a la categoría de episodios y nunca se habrían convertido en los forjadores y redactores de la historia rusa reciente.

Lo que habría pasado en tal caso, es evidentemente materia de pura especulación; pero formular hipótesis es un ejercicio instructivo cuando se trata de hacer juicios históri-

cos. Es una conjetura razonable el suponer que casi bajo cualquier alternativa dada, la política económica de Rusia e incluso su sistema económico, habrían sido diferentes de lo que fueron con Stalin. Posiblemente se habría actuado con menos rigor contra los campesinos. Esto, en todo caso, fue la intención que declararon tanto los Mencheviques como el ala derecha de los Bolcheviques. La consecuencia podría haber sido un crecimiento industrial menos rápido en los primeros años, aunque aún esto es discutible. Una consecuencia posterior podría —y probablemente tendría que— haber sido una productividad mayor en la agricultura. Y probablemente el precio pagado por el pueblo, en vidas, en sufrimientos, en privaciones podría haber sido mucho más bajo.

Hay algunas personas, incluso entre los historiadores occidentales contemporáneos, que sostienen la necesidad de los férreos lineamientos de Stalin, especialmente en lo que se refiere a la emergencia nacional de la segunda guerra mundial. Por ejemplo, Hans Raupach, investigador alemán occidental, se ha puesto recientemente del lado de quines afirman, en la Unión Soviética y en otras partes, que sólo el ritmo violento de industrialización y militarización al que Stalin forzó al país, pudo capacitar a éste para resistir y repelar la fuerte ofensiva de los ejércitos de Hitler.⁶ Esto puede que sea así, aunque una vez más no tenemos manera de saber lo que habría pasado con la defensa del país de haberse producido otra alternativa en la dirección política. Sin embargo, una cuestión más importante parece ser la siguiente: ¿Qué influencia tuvieron Stalin y su régimen en la situación internacional, y especialmente en el descenso y caída de la república democrática (Weimar) en Alemania; en el ascenso del hitlerismo; e incluso en el estallido de la guerra misma? Y una vez más, la contra-pregunta hipotética, pero instructiva: ¿Alguna de las alternativas en vez de Stalin, ¿habríamos podido influir en este período (1917-38) sobre los acontecimientos políticos y su desarrollo en toda Europa de una manera diferente a la que fue, y ayudar a la historia para que tomara un derrotero, quizá menos destructivo, del que tomó?

La investigación reciente sobre el tema del crecimiento

económico, y en especial los trabajos teóricos que han abierto brecha, como los de Colin Clark, Jean Fourastié, W. W. Rostow y otros, nos han enseñado a ver la llegada de los siviéticos a la madurez industrial (1928-58), como algo en esencia similar al desarrollo de otras sociedades industriales; como una de las formas históricas del industrialismo moderno que emerge; todas ellas típicamente semejantes, sin importar que tengan un sistema de gobierno "capitalista" o uno "socialista". En otras palabras, como lo dice Raupach, "la transformación revolucionaria de la sociedad rusa bajo la dirección del Partido comunista no es, como los ideólogos soviéticos insisten en que sea, una aparición de la etapa 'socialista superior, del desarrollo de la humanidad, sino una variante regional, aunque significativa, del proceso de industrialización que de acuerdo con las leyes inexorables de la evolución está transformando todo el mundo".⁷

Con todo, la *velocidad* de la marcha soviética fue espectacular, y considerablemente superior a la de las cuatro naciones que estaban delante de Rusia cuando la carrera se inició. Inglaterra, habiendo despegado primero (1790-1800), alcanzó su madurez industrial después de cincuenta años; Francia, Estados Unidos y Alemania, que empezaron alrededor de 1850, maduraron después de unos 50 ó 60 años. Esto hace, en efecto, que sea muy impresionante el logro soviético: ¡dos veces más rápido! Uno se pregunta si esto podrá ser debido, después de todo, a alguna superioridad y mayor eficiencia del sistema soviético como tal, por virtud de ser históricamente más reciente y por lo tanto más avanzado que el "capitalismo", de acuerdo con los términos de la interpretación marxista de la historia. Lo que ahora sabemos acerca del desarrollo industrial, conocimiento que por muchas razones no estuvo al alcance de Marx (él lo vio en sus comienzos, y en su mayor parte en un solo país), nos explica el asunto de una manera algo diferente. Esta explicación se refiere también al factor tiempo, pero sin afirmar que la madurez soviética, por el hecho de ser socialista, ocurrió *después* que el capitalismo, sino que tuvo lugar durante un período posterior, y por lo tanto superior, del desarrollo industrial y

científico occidental, y que en consecuencia pudo obtener enormes beneficios de la tecnología de este último. El recién llegado se encuentra en esta carrera con una considerable ventaja, y Rusia no es el único caso que puede probar este punto. Japón, por ejemplo, ha tenido también una suerte parecida, y veremos muchos otros países en el futuro encumbrarse con velocidad sorprendente, a condición de que estén en posibilidades de hacer uso de esa ventaja.

Si uno acepta esta explicación, la cual, incidentalmente, es en todas sus partes tan "materialista" como la ofrecida por los marxistas soviéticos y quizá más todavía, porque en la idea de la historia de estos últimos hay fuertes reminiscencias de la metafísica hegeliana, entonces aún queda por lo menos un rasgo por virtud del cual el sistema soviético puede muy bien pregonar que tuvo en efecto un papel decisivo en el rápido logro de la madurez industrial de la nación. Éste es el de la gran confianza, casi una obsesión, que los dirigentes e ideólogos soviéticos han tenido en la tecnología y al progreso técnico. El grito de combate favorito de Lenin, fue el de "electrificación". Los escépticos de la época hicieron algunos chistes sobre esto, como el de "electroficción", pero el pueblo soviético le tomó cariño a la religión tecnológica y con ella fue a trabajar bajo el más severo de sus amos, Stalin, de acuerdo con la ideología oficial de "construir el socialismo", pero estando plenamente convencidos de que lo que estaban construyendo era una nueva gran potencia industrial y militar. Puede que haya algo en la mentalidad rusa que influya en esta inclinación hacia la tecnología y las ciencias naturales (en períodos anteriores hay también evidencias para decir esto). Muy probablemente esto mismo podría afirmarse bajo un sistema político diferente. Los Mencheviques y el ala derecha de los Bolcheviques confiaban igualmente en el progreso técnico. Sin embargo, el hecho es, como en la historia del huevo de Colón, que Stalin fue el único que lo hizo.

Pregunté en qué medida importa, a los soviéticos y a nosotros, su desafío económico, y qué importa si la Unión Soviética tiene éxito o fracasa en su esfuerzo por alcanzar

a los Estados Unidos. He sugerido algunas respuestas a la primera parte de la pregunta, especialmente con relación a la carrera de la producción, en términos del mismo sistema soviético. Vuelvo ahora, muy brevemente, a la segunda parte, que preocupa fundamentalmente a muchas personas en Occidente: esta empresa del pueblo soviético que tiende a lograr el primer lugar en el mundo, ¿a dónde probablemente los conducirá, tengan éxito o no? Nuevamente la respuesta soviética suena clara y simple: estamos construyendo el comunismo y esto sólo es posible en una escala mundial. Para el resto de nosotros, esto nos sirve de advertencia de que detrás del presente desafío económico se vislumbra otro, pero ya no puramente económico, sino que ahora, apoyado en la superioridad de su fuerza material, apuntando al corazón —la soberanía política— de las naciones no-comunistas. La respuesta de nuestro lado es, como de costumbre, más borrosa y complicada. Empieza por decir que en caso de que éste fuera realmente el significado del desafío económico soviético, no tenemos otro camino que el de respaldar nuestra posición con una fuerza física indisputable, es decir, con poderío militar, para que no sea perdida nuestra soberanía como naciones. Luego dice que tal vez la Unión Soviética escogerá un sendero diferente del que proclama, una vez que haya logrado la completa madurez económica y la riqueza de una sociedad industrial, y que se convertirá en una sociedad de consumo en gran escala, del tipo de las occidentales, contenta de vivir en paz con el resto del mundo. Hay una corriente de opinión considerable en Occidente, que estima probable tal tendencia, y supone que como resultado de ella, tanto la sociedad soviética como el sistema soviético, convergirán gradualmente con los del Occidente: esta es la teoría de la "occidentalización", que será tratada más adelante. Pero también hay quienes consideran la posibilidad de un fracaso en el intento soviético por lograr la supremacía económica. Algunos de ellos son perseguidos por las pesadillas del pasado inmediato, en las que aparecen las potencias frustradas de la Alemania nazi y del Japón, peleando por ganar el primer lugar cuando vieron

claramente que no podían lograrlo por medios económicos pacíficos. Fracasaron y fueron contenidos, pero a muy alto costo. Lo que inquieta a algunos es la cuestión de si ocurrirá de nuevo lo mismo, cuando la Unión Soviética vea que no hay otro modo de satisfacer sus ambiciones. Esta cuestión será también tratada, aunque brevemente, en las páginas siguientes.

Para abordar objetivamente la teoría de la “occidentalización”, en primer lugar tenemos que traer a nuestra memoria algunas de las características básicas de la estructura social y demográfica de la población soviética. Desde 1917, y especialmente desde 1928-29, la sociedad soviética ha sido transformada de una población predominantemente rural y agrícola, con un débil (aunque lejos de ser insignificante) componente industrial y un pequeño sector de profesionales e intelectuales, en una sociedad que está compuesta aproximadamente del 44 % de trabajadores urbanos, del 42 % de campesinos y trabajadores rurales, y del 14 % de *intelligentsia* (en el sentido soviético del término). Este proceso de urbanización masiva y de educación en gran escala, ha coincidido con una tendencia constante —aunque relativamente lenta— de entremezclar la nacionalidad del territorio de la Unión (“*crisol*”) y una tendencia igualmente constante y asombrosamente rápida a disminuir el índice de natalidad y, por consiguiente, una reducción numérica de la familia soviética. (Se dirá algo más acerca de esta última tendencia en un artículo sobre la agricultura soviética y la revolución demográfica, que se publicará más tarde en esta misma revista).

Estas tendencias socio-biológicas sugieren en su conjunto una imagen de “occidentalización”. La sociedad y el pueblo soviéticos parecen estar asemejándose progresivamente en algunas características básicas a las sociedades y pueblos industriales de Europa y América, presentando una alta movilidad social y, como consecuencia, un mayor énfasis en la persona individual y en su carrera, dentro y a través de la estructura social de clases. Toda esta tendencia se inclinará probablemente a continuar, especialmente debido a que seguirá la urbanización del campesinado todavía numeroso, y debido

también a la inevitabilidad de los cambios que se operan en los modelos de consumo.

Para algunos observadores occidentales, estas perspectivas ofrecen posibilidades muy favorables para el futuro. Sus argumentos son como sigue: un pueblo que está cambiando en su estructura básica socio-económica, y que en el mismo sentido está desarrollando su educación y su ciencia, ¿no producirá también ideas y principios más de acuerdo con los de las sociedades industriales de Occidente, dando mayor importancia al gobierno democrático, a la libertad individual y a las libertades clásicas de expresión y de asociación, voto secreto, etc.? En esta cuestión está implícita la creencia de que la sociedad de por sí, se apartará de su sistema político actual y eventualmente adoptará uno similar al de sus contrarios occidentales. Esta creencia se apoya en las mismas presunciones deterministas que las tesis opuestas de los marxistas soviéticos, de que el capitalismo perecerá víctima de sus propias contradicciones internas, y probablemente no es menos falsa.

En todo caso, la falsedad consiste en dos errores: el error de no tomar en cuenta factores decisivos en la tendencia que se observa, y el error de hacer pronósticos a largo plazo sobre estas bases inadecuadas, mucho más allá de los límites de una predicción razonable. Simplemente no es cierto que industrialización avanzada más educación masiva sea igual a democracia, libertad individual, etc. Los ejemplos recientes de la Alemania nazi y del Japón imperialista prueban esto, y hay más ejemplos. El caso de Alemania es particularmente instructivo; se trata de una sociedad industrial madura que después de una gran derrota (1918) adoptó realmente un sistema democrático, y luego, conducida por un movimiento de masas, fue víctima de un régimen totalitario, singularmente brutal. Los dos casos no son semejantes, sin duda, pero tienen una característica dominante en común que también existe en el caso de la Unión Soviética. Esta es, dicha en términos generales, la presencia imperativa del *componente político* en el centro del sistema. Más concretamente: las tradiciones políticas e instituciones, y sobre todo los grupos

y los tipos de hombres que detentan el poder político. Un análisis de la sociedad soviética, que base sus predicciones solamente en las tendencias socio-económica, tecnológica y educacional y que haga caso omiso del componente político, equivaldría a querer poner en escena la obra Hamlet, sin el príncipe de Dinamarca.

Creo que es una ilusión —y probablemente no una de las de tipo inofensivo— el pensar que la Unión Soviética como sistema, se está moviendo hacia el Occidente, fundándose sólo en el hecho de que existen algunas convergencias con otras sociedades industriales. El núcleo del sistema, su estructura del poder político, permanece relativamente sin ser tocado por estas tendencias. La fuerte consistencia de este núcleo es bien conocida: las dos jerarquías del Partido y del Estado, encabezadas por un reducido grupo de hombres que detentan el poder supremo. También observamos que esta estructura del poder político, en rigor, está enmarcada dentro de un cuerpo más amplio que consiste en varios grupos de élites, como los comandantes militares, los más altos administradores de la industria, los dirigentes administrativos del servicio civil, los más destacados científicos e intelectuales, etc. Evidentemente que hay muchos tipos de conexiones entre la élite política (gobernante) y otros grupos no-gobernantes, aunque también de la élite y poderosos. Los sociólogos occidentales pueden verse tentados a especular que como los lazos que une a todos los grupos —políticos y no-políticos— son muy estrechos, se justifica una denominación común para todos ellos; por ejemplo, “la Élite del Poder”, expresión escogida por C. Wright Mills en su análisis de la estructura social de los Estados Unidos. Yo no objetaría ésta, aunque probablemente no nos ayude mucho en el caso soviético. En especial, tal denominación no nos dice nada acerca de las relaciones entre las diferentes élites, excepto el sugerirnos que ellas ocurren dentro de una armazón común de referencia, lo cual no significa ningún gran avance en el conocimiento. Los estudiosos del sistema soviético han especulado mucho sobre este problema y han señalado hora una, hora otra de las élites no-gobernantes que surgen y pre-

valecen sobre las jerarquías políticas, tomando eventualmente a su cargo la dirección del país. Los dos más populares candidatos para esta gran aventura son, por supuesto, la élite militar y la élite industrial. Estas dos especulaciones pueden ser erpuestas brevemente, aun cuando hay mucho material para una larga e interesante exposición de ambas.

1. ¿Una toma del poder por los militares? La historia de la Unión Soviética es notable por la existencia de un control civil sobre todos los asuntos, inclusive los militares. A los generales se les permitió desempeñar su papel en los campos de batalla, pero nunca tener el comando supremo en las cuestiones de guerra y de paz, ni siquiera en los asuntos de gran estrategia. Trotsky, un civil, fue el padre del Ejército Rojo; Stalin, un civil, su generalísimo, y fue tan celoso de su poder que exterminó una gran parte del alto cuerpo de oficiales, con la simple sospecha de deslealtad; más tarde, en la guerra, demandó los honores de la victoria para sí mismo, antes que permitir a sus generales que aparecieran como héroes ante el pueblo. Por lo que respecta a Jruschov, él ha hecho uso de los servicios del mariscal Zhukov, cuando los ha necesitado (para someter el "grupo anti-partido" en 1957); después, como una recompensa lo hizo ministro de la Defensa y miembro del Presidium. Esto fue en junio. En octubre, le dio un puntapié. ¿Por qué? Los mejores indicios parecen señalar que el mariscal, una figura popular de la segunda Guerra Mundial, fue sospechoso de hacer su propia política. Recientemente se ha especulado con relación al poder creciente del mariscal Malinovsky, actual ministro de la Defensa. Durante la visita de Castro a la URSS, en la primavera de 1963, Malinovsky figuró con frecuencia como participante en las conversaciones al más alto nivel, solo con Jruschov. Los "sábelotodo" de la prensa inmediatamente concluyeron: él es el perro guardián del ejército vigilando al primer ministro. La explicación que él dio parece ser más clara, la de que su presencia fue debida simplemente a que en la agenda de esas conversaciones los asuntos militares tenían gran importancia.

Los estudiosos serios de la Unión Soviética parecen coin-

cidir en que una toma del poder por los militares no es probable que ocurra. A pesar de esto, los hombres políticos son demasiado celosos de su poder, demasiado desconfiados de los no-civiles. Sin embargo, de acuerdo con la mayor parte de los observadores, el sistema soviético como tal no se inclina hacia el "bonapartismo", o golpes militares para tomar el poder dentro del país y sumergir a la nación en aventuras belicosas en el extranjero. "En el caso de Rusia, no nos encontramos frente a una nación que esté tratando absolutamente de lograr la supremacía mediante una guerra mundial, con tal de que nosotros mismos no nos veamos indebidamente tentados a hacerlo por nuestra propia debilidad". (W. W. Rostow).

2. ¿Una toma del poder por los administradores de la industria? Esta es una fantasía que atrae a algunos sociólogos occidentales, porque ven en ella un claro parangón con la llamada "revolución de los gerentes", descubierta en las sociedades occidentales por Burnham. Ellos toman esto como una tendencia lógica del industrialismo moderno como tal, y en consecuencia, inevitablemente también de la sociedad industrial soviética. Hay muy poco fundamento para esta tesis, pero sobrevive (y llega a las prensas) sólo porque hace caso omiso del factor más importante que está en juego, el de que la esencia del sistema soviético es el núcleo del poder político.

Stalin fue el primer dirigente soviético que encontró una competencia potencial en la élite industrial, siendo él mismo quien virtualmente creó esta multitud de expertos económicos y técnicos, como resultado de la gran industrialización. Como todo déspota oriental, estaba obsesionado patológicamente por su poder, incluso con respecto a sus propias creaciones, e inmediatamente cortaba cualquier cabeza que le pareciera que había subido demasiado. Un caso típico fue el de Nicolai Voznesensky, el hombre que encabezó la planeación y la administración de la economía soviética durante la segunda guerra mundial y quien con este carácter hizo más que ningún otro dirigente civil por salvar su país de la derrota, el hombre que por esos servicios recibió los más altos honores, incluso el premio Stalin. Su ruina fue el libro que

escribió sobre la economía soviética en tiempos de guerra, o tal vez más bien fueron ciertas opiniones atribuidas a él con base en ese libro. Parece que él sugería que no sólo la economía, sino que también todos los asuntos soviéticos en general, podrían ser llevados en forma más eficiente por los hombres prácticos, los administradores e ingenieros, como una especie de "tecnocracia". Stalin no vaciló mucho en tomar contra él este desafío, y Voznesensky desapareció para siempre.

Los métodos más civilizados que se han puesto en práctica bajo los sucesores de Stalin, no han cambiado la posición básica de la élite política con relación a la élite industrial. Las reformas de Jruschov al antiguo sistema centralizado de la planeación económica y de la administración, dan la apariencia de hacer concesiones a los administradores, haciendo a los directores locales menos dependientes de los ministerios de Moscú. Pero esta apariencia es decepcionante. Lo que en realidad hizo fue ensanchar las bases del control del Partido sobre la industria, ejerciéndose ahora más en los niveles locales y nacionales y menos en el centro (en donde en esa época su propia posición era más débil que en los niveles inferiores). Él intentó también "comprar" a los administradores, haciéndolos cooperar —por su propio beneficio— más estrechamente con las autoridades del Partido. En el presente el sistema económico está experimentando amplias reformas, cuyos resultados sólo podrán conocerse en el futuro. Pero ocurra lo que ocurriere, parece muy improbable que los dirigentes del Partido renuncien a ninguno de sus poderes políticos en beneficio de los encargados de la industria. Sus objetivos continúan siendo los que siempre han sido: hacer que los encargados de la planeación y los administradores trabajen tan duro y en forma tan efectiva como ellos saben hacerlo, sometidos a las órdenes del Partido y a las condiciones impuestas por la estructura política y económica de la sociedad soviética. Básicamente, esta estructura aún permanece como Stalin la dejó.

¿Pero qué puede decirse del pueblo, de las grandes masas

de ciudadanos soviéticos que no pertenecen a ningún grupo de la élite, gobernante o no-gobernante? La gran revolución industrial ha transformado completamente su existencia —¿no es esto en sí mismo un evento de tal magnitud como para que afecte el sistema social y político, sin importar el esfuerzo que hagan los poderes existentes para tratar de conservarlo?— Permítaseme traer al tema los aspectos subjetivos de este problema, mediante unas cuantas líneas tentativas: ¿Qué piensa y cree el pueblo soviético con relación al sistema en el que vive? ¿Hay alguna oposición? Debíó haberla habido, bajo Stalin, pues de otra manera él no habría tenido que llevar a efecto sus purgas masivas, ni mantenido a veinte millones de individuos (más de la décima parte de la población) en campos de trabajos forzados, aun admitiendo que tras estos últimos hubiera razones de tipo económico. Actualmente hay pocos signos visibles de oposición. Tal vez podría decirse que una gran mayoría del pueblo tiene intereses creados en el sistema —trabajos, carreras, privilegios y esperanzas—. ¿Cuántos creen sinceramente en el sistema y en su ideología? Pocos son, al parecer, los creyentes fervientes, como los de la época en que la revolución era joven, incluso entre los miembros del partido. Hay mucho escepticismo con respecto al partido y al gobierno, y cinismo con respecto al credo marxista. Pero también hay, por lo visto, casi una aceptación general de algunos artículos fundamentales de la religión soviética (aunque éstos pueden tener poco o nada qué ver con el marxismo). Por ejemplo, el hombre típico soviético es un patriota ferviente, emocionalmente identificado con su país y con el destino de éste, y acepta el hecho de que tal destino esté en las manos de quienes detentan el poder. Además, se alegra del crecimiento del poder soviético en la política del mundo, en la ciencia, en la tecnología, en la producción industrial; y cree en el progreso ininterrumpido y siempre en aumento de la riqueza y del poderío de su país. Él, más que ningún otro, acaricia la idea que Klaus Mernert llama “Aufbauideologie”, la ideología de construir, de edificar.

Todas las anteriores creencias responden a ciertas realida-

des materiales en el sistema soviético, y están limitadas por estas mismas realidades. Responden al hecho de que el socialismo soviético es —como dice Robert V. Daniels— un “socialismo de producción”, que ejecuta en esencia el mismo trabajo que el capitalismo ejecutó y sigue ejecutando en otros lados, “de acumular capital y desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad”.⁷ Pero al mismo tiempo, estos creyentes de la construcción y de la producción, tienen una visión limitada, porque éste no es “el socialismo de la justicia redistributiva”, sino “una especie de socialismo completamente nueva que abandona los ideales originales democráticos e igualitarios y crea el *aparatus* permanente, burocrático, por lo que bien podría llamársele ‘capitalismo de Estado’ ”.⁸ A estas observaciones más bien crueles —de un observador de izquierda— parece conveniente señalar que los mismos ideólogos soviéticos han sido y son todavía muy francos con relación a la naturaleza no-igualitaria y no-libertaria del sistema —al menos por un largo tiempo por venir—. (Detrás de esto está Utopía). El “socialismo” soviético de hoy se basa en una diferenciación aguda y excesiva en los ingresos, privilegios y recompensas (“a cada quien de acuerdo con su trabajo”). Aún después de la transición de esta etapa del socialismo a la etapa superior del “comunismo total”, habrá diferencias de acuerdo con la habilidad de las personas y según sus funciones en la sociedad; y los términos de la nueva promesa de “a cada quien de acuerdo con sus necesidades”, sugieren que ni es el individuo mismo quien juzgará sobre sus propias necesidades; ni las necesidades de cada persona serán las mismas que las de otras. Todo puede ser igual, pero, como antes, algunos serán más iguales que otros. En cuanto al ideal de la libertad individual, está ahora, y probablemente lo seguirá estando por mucho tiempo, subordinada a valores tales como el del “bien común” y “el interés nacional”, y en ningún caso es determinado por decisión del Partido.

Hay, además, fuerzas mucho más poderosas que la ideología, que impiden cualquier crecimiento substancial de la libertad individual en la sociedad soviética. Éstas surgen de la ingenua y al parecer creciente determinación de quienes

detentan el poder de eliminar todas las oportunidades del ingreso independiente individual, y de suprimirlo en dondequiera que su existencia es viable. Si se trata de un obrero, de un agricultor o de una persona que vive de su destreza técnica, intelectual o profesional, sus ingresos deberán ser obtenidos de una fuente que es controlada directamente por el poder central, y pueden desde allí ser inmediatamente suspendidos, disminuidos o aumentados. Dicho en términos negativos, esto significa que a nadie se le dará la oportunidad de obtener ningún ingreso para él mismo y su familia, en ninguna clase de situación de mercado independiente.

En toda su existencia hasta la fecha, la Unión Soviética no ha visto nunca la realización completa de su regla dorada del control económico total. La terrible necesidad —o para decirlo en terminología soviética, “la vida”—, ha obligado a seguir muchas soluciones de compromiso. La de mayor alcance fue la de la Nueva Política Económica (NPE) de los años 1921-27. La segunda en importancia pero de mayor duración (vigente hasta la fecha) fue la de permitir la existencia de parcelas de tierra individuales dentro de las granjas colectivas, y la de mercados abiertos para los productos de estas empresas agrícolas privadas. Esta anomalía (en términos de la política general soviética) debe su existencia a la extraordinaria productividad de estos pequeños lotes, que contribuyen, substancialmente, a la producción total del país de huevos, leche y carne. Muchos de los políticos preferirían abolir esta “contradicción”, pero vacilan porque temen los perjuicios de las pérdidas que acarrearía una acción (o más bien una inacción) de represalias de parte de los campesinos desprovistos de esta última pizca de independencia, en la producción de los productos alimenticios agrícolas.

Un tercer ejemplo de solución de compromiso, que incluso implica inconsistencias ideológicas más profundas, es la política soviética con respecto a las comunidades religiosas. Según ésta, las autoridades del Estado y del Partido permiten que los mismos miembros de la Iglesia suministren, mediante aportaciones voluntarias, los gastos para el sostenimiento del clero. Éste, en consecuencia, obtiene sus ingresos de fuentes

privadas que están fuera del control, e incluso más allá del conocimiento, de los dirigentes políticos. El clero se convierte en una especie de profesión libre actuante, en un mercado independiente totalmente propio, si se nos permite la expresión. La propaganda antirreligiosa soviética obtiene mucho provecho de estas circunstancias, acusando al clero de comercialismo, de venalidad, de codicia y de obtener beneficios excesivos con su profesión.

Otro caso más a señalar es el de los intelectuales, artistas y escritores en la sociedad soviética. Éstos están comprendidos en la categoría social más amplia de la "intelligentsia", la que por definición oficial no constituye una "clase" sino un "stratum" que está formado por los individuos que tienen una ocupación de tiempo completo realizando una actividad con base en destrezas especializadas no-manuales (técnica, administrativa, intelectual, artística, etc.). En términos de sus actividades, el grupo es, en consecuencia, mucho más heterogéneo de lo que era la intelligentsia como se definía en la Rusia pre-revolucionaria. Mientras esta última incluye principalmente miembros de las profesiones liberales, el grupo de la terminología soviética está formado por *empleados* calificados del Estado y del aparato del Partido. La palabra sigue siendo la misma, pero es difícil encontrar un mayor contraste entre el tipo del intelectual de la Rusia zarista (frecuentemente una persona pronunciada contra el Estado y la sociedad) y el miembro típico de la intelligentsia soviética de hoy. La inmensa mayoría de este grupo depende para vivir total y exclusivamente de su trabajo en un puesto controlado por el Partido o por el Estado, sea en una fábrica, en un ministerio o en una institución académica. Hay, sin embargo, ciertos elementos al margen, pocos en número pero significativos por su influencia potencial, que no son tan fácilmente controlados y causan por ello, de tiempo en tiempo, fuertes dolores de cabeza a los políticos; son los artistas y los escritores. Éstos, como en todas partes, realizan su trabajo esencialmente en comunicación con un *público*, es decir, hasta cierto punto lo realizan dentro de una "situación de mercado" que implica reacciones voluntarias de aproba-

ción o de desacuerdo por parte de las masas anónimas. El éxito o el fracaso de un artista o de un escritor ocurren por lo tanto, independientemente de las decisiones y de los controles de los políticos. El público soviético, con esta relativa libertad de demostrar su aprobación, puede recompensar en cierta medida al artista y al escritor procurándole en ciertos casos ingresos económicos, independientemente, e incluso a pesar, de las intenciones manifiestas de los políticos. Jruschov puede expresar su desacuerdo con la obra de tal o cual pintor contemporáneo, como lo hizo por ejemplo durante una visita a una exposición de arte moderno en Moscú en 1963: "¡Ni un solo copek por basuras como esta!" Sin embargo, parece ser que el arte moderno en la Unión Soviética encuentra apoyo en un mercado clandestino en el que la gente adquiere muchas obras como tabú. De igual manera, las obras de los escritores que no logran pasar la censura oficial, circulan en lo privado. Una forma de ingreso independiente que presenta mayores problemas a los políticos soviéticos es, por supuesto, la del ingreso que procede del mercado libre en el extranjero. El Partido está siempre presto a mirar por los artistas y los escritores ofreciéndoles cuantiosos premios en efectivo, pero califica de sucio e indecente que acepten "dinero capitalista". (Cf. la difamación de Pasternak, y el aún más sorprendente caso de Yevtushenko, el comunista ojiazul). Por supuesto que a los dirigentes soviéticos les importa el trabajo artístico y literario *como tal*, insistiendo en que tanto su contenido como su estilo deben ceñirse a la ideología del Partido. Sin embargo, además de controlar la obra, también quieren impedir que los artistas y escritores se desarrollen como grupo independiente que pueda encontrar sus medios de vida en ingresos que no procedan de fuentes bajo el control político. Queda por ver hasta dónde llegarán con esta idea y en qué medida podrán lograr sus propósitos.

En los tres o cuatro casos que he mencionado anteriormente, los líderes soviéticos han creído necesario comprometer en mayor o en menor grado el principio del control de ingresos. Hay, sin embargo, un sector importante en el que

este principio presenta problemas particularmente serios durante el período de la industrialización masiva. Me refiero al sector de la *economía industrial misma*, incluyendo el proceso completo de planeación, administración, producción, distribución, etc. A este respecto tenemos que hacer algunos comentarios.

En términos generales, las mejores observaciones obtenidas parecen indicar que en una cierta medida la empresa privada (la que da lugar a un ingreso privado independiente, derivado de "situaciones de tipo-mercantil") ha sido y sigue siendo un hecho muy frecuente a lo largo de la industrialización soviética, y algunos opinan que es característica del sistema industrial soviético mismo.⁹ Los observadores nos hablan de los agentes libres e intermediarios, conocidos como "empujadores" (*tolkachi*) cuyos servicios, que ofrecen mediante un pago, parecen ser indispensables para el funcionamiento de la industria soviética. El hecho de que sus actividades sean hasta cierto punto toleradas, parece indicar que las autoridades les reconocen utilidad práctica, a pesar de las contradicciones ideológicas que implican. Hay muchos ejemplos de "capitalismo de cubierta" en la Unión Soviética, principalmente en lo que se refiera a la construcción de viviendas, en donde la construcción individual opera en gran medida por iniciativa privada (1960: 40.5 %). Hay una especulación floreciente con automóviles. Y hay los vendedores en la calle que venden refrescos o helados, quienes en algunos casos llegan a convertirse en "microcapitalistas", y en ocasiones incluso propietarios de un automóvil.

Todo esto puede parecer un indicio de "occidentalización" en la sociedad soviética. Sin embargo, no debe uno dejarse engañar por las apariencias. Para entender verdaderamente las condiciones soviéticas, es esencial comprender que los ejemplos mencionados, y otros no citados aquí, son las excepciones y no la regla. Sin duda hay fuerzas en la sociedad y en la economía soviéticas que producen tales casos y que pueden continuar produciendo aún más. Pero la tendencia principal surge de las fuerzas balanceadas que tratan de eliminar las excepciones o "contradicciones" existen-

tes; en la agricultura, sobre todo convirtiendo las granjas colectivas en granjas del Estado y reduciendo los lotes privados; en la industria y el comercio, por medio de reformas de la estructura y la organización, así como por la intervención de la policía y de los tribunales. La represión legal ha sido especialmente cruel en los últimos años¹⁰ al aplicar la pena capital en cientos de casos por "ingreso ilegal", por faltas que van desde la especulación con moneda extranjera hasta la manufactura y venta privada de algunos artículos como botones, navajas de rasurar y bolígrafos.¹¹ El hecho de que artículos como éstos sean escasos y buscados con urgencia por los consumidores, no justifica, para las autoridades, que sean producidas por empresas privadas. Al contrario, como tales actividades son una fuente potencial de ingreso independiente para quienes las ejecutan, deben ser aniquiladas con toda la fuerza de que el Estado disonga. Lo que también se pretende con esto es, por supuesto, producir un efecto disuasivo en la sociedad en general y contratar así cualquier proyecto similar de empresa individual económica.

Además del refrenamiento general de la sociedad, los políticos soviéticos utilizan otros artificios psicológicos para apartar a los ciudadanos de la idea del ingreso "ilegal" (léase: independiente, basado en el mercado). La propaganda doméstica soviética organiza sistemáticamente campañas de afrenta pública contra las personas que participan, o que se siente inclinadas a participar, en empresas económicas privadas, especialmente si se trata del tipo de empresas menos importantes para la economía nacional. Tales empresas son envueltas invariablemente en historias de inmoralidad, deshonestidad y traición al pueblo; además, la imagen corriente "del capitalista en nuestro medio" tiende a hacer surgir las emociones populares de indignación moral y las pasiones de resentimiento y envidia, incluso la del viejo antisemitismo vulgar, al presentar "al capitalista" muy parecido a un gordo judío caricaturizado. (En un intercambio de cartas que tuvo Jruschov con Bertrand Russell en 1963, negó que el énfasis público que se hizo sobre los nombres judíos, en relación a procesos legales recientes instruidos contra especuladores de

moneda, indicara algún prejuicio antisemítico en el gobierno soviético. Jruschov puede tener razón o no, pero no puede negarse que el gobierno soviético, sean cuales fueren sus sentimientos, de hecho aprovecha el antisemitismo popular para sus propios fines, principalmente para la difamación del “capitalismo” latente en el interior del país). El efecto que se pretende producir con esta propaganda es el de fijar en la conciencia popular la idea firme de que el ingreso independiente que se obtiene por medio de empresa individual en cualquier clase de situación mercantil (salvo las semi-aprobadas que se mencionaron anteriormente) es *per se* deshonesto, inmoral y criminal, incapaz de ninguna clase de disciplina ética o de regulación legal, sujeto en consecuencia solamente al desprecio público y a la erradicación total por medio de la fuerza de la ley.

El claro efecto que se logra es probablemente el de que la represión del “capitalismo latente” (¡un fantasma aún después de todos estos años de socialismo soviético!) tiene muy buen éxito al contar en gran parte con el apoyo popular. En términos objetivos, el efecto es el de que una de las más impresionantes y persistentes diferencias entre la sociedad soviética y la sociedad occidental estriba en el hecho de que en la sociedad occidental existen grupos de gente —comerciantes, tenderos, artesanos, pequeños fabricantes—, quienes llevan una vida relativamente modesta, pero independiente para ellos mismos y sus familias, y cuya independencia proporciona muchos de los fundamentos de lo que es conocido como libertad democrática en general. Estos grupos, y la independencia humana y política que ellos generan, faltan en la sociedad soviética. En su lugar encontramos lastimosos residuos, que son blanco de la difamación pública y de represión, al no tener el clima moral donde sólo la empresa humana pura y genuina puede existir.

En términos subjetivos, el éxito de esta campaña de propaganda (presentada como una “lucha de clases”, pero en realidad una lucha por el control totalitario de la población por parte del Partido y del Estado) es igualmente evidente. Observadores serios atestiguan la actitud fuertemente “an-

ticapitalista" del ciudadano soviético medio, de tal modo que el efecto es el de detener, en el punto crucial, la hipótesis de la "occidentalización". Nadie duda que los diferentes tipos de sociedad industrial moderna están convergiendo, y que así continuarán, en lo que se refiera a su tecnología y equipo de capital, incluyendo en cierta medida su mano de obra especializada. En la medida en que el Occidente está encabezando la marcha del desarrollo técnico-económico, uno puede decir que el actual progreso de cualquier sociedad no-occidental, incluso la Unión Soviética, es una tendencia hacia la "occidentalización". (Los intelectuales europeos llaman al progreso técnico en sus países, "americanización"). Pero un asunto completamente diferente es lo que pasa en la estructura socio-política. Con respecto a ésta, definitivamente no tenemos ningún derecho —o no lo tenemos todavía— a recibir el cumplimiento de que la sociedad soviética se está dirigiendo a tomar nuestro camino. Ella permanece en su propio terreno, tal vez no inmutable, pero sí asida a su posición por fuerzas que nosotros subestimamos sólo a nuestro propio riesgo.

NOTAS

¹ La agricultura soviética y sus relaciones con la situación demográfica del país, serán tratadas en otro artículo que será publicado en esta revista.

² Michael KASER, "Economic Development in the Soviet Union and Eastern Europe", en *Oestoekonomi* (Oslo), 1961. El índice Kaplan Moorstein mencionado aquí aparece en "un trabajo colectivo de la RAND Corporation", publicado como Memorandum RM-2495 bajo el título de *Indexes of Soviet Industrial Output* por N. KAPLAN, R. H. MOORSTEIN y E. S. WAINSTEIN, Santa Mónica, 1960, 2 vols.

³ Para un completo estudio del problema de la sociedad asiática en la literatura marxista, especialmente en la ideología soviética, cf. K. A. WITTFOGEL, *Oriental Despotism*, New Haven y Londres, 1957, así como el artículo del mismo autor "The Marxist View of Russian Society and Revolution", en *World Politics*, N° 4, 1960.

⁴ Cf. James ALLEN ROGERS, "Charles Darwin and Russian Scientists", en *The Russian Review*, oct. 1960.

⁵ A. L. SIDOROV, "Hauptprobleme and einige Entwicklungsergebnisse

der sowjetischen Geschichtswissenschaft" (Principales problemas y algunas soluciones de la ciencia histórica soviética. Un informe sometido al x Congreso Internacional de Historiadores, Roma 4-11 de septiembre de 1955. Citado de la versión en alemán, publicada en Berlín oriental, 1955, pp. 16-17).

⁶ Hans RAUPACH, "Die Sowjetwirtschaft als historisches Phänomen", en *Vierteljahrssheften fuer Zeitgeschichte*, enero de 1962.

⁷ RAUPACH, *op. cit.*

⁸ Robert V. DANIELS, "Toward a Definition of Soviet Socialism", en *New Politics*, 1963.

⁹ Cf. las observaciones hechas por Edward SHILS en una discusión de mesa redonda, publicada en el folleto *The Soviet Economy*, Londres 1956, pp. 95 y ss. El profesor Shils se refiere aquí incluso a una "especie de economía de mercado oculta, secreta, fragmentaria, restringida y deformada" dentro de la economía soviética planeada.

¹⁰ La Comisión Internacional de Juristas en Ginebra, después de haber investigado el asunto de la pena capital en la Unión Soviética, reprobó recientemente la frecuencia con que se aplica tal pena en los casos de ofensas económicas. (Cf. la referencia que sigue al *Boletín...* 1963).

¹¹ Esto se refiere a un caso ventilado en un tribunal en Leningrado, en febrero de 1963. Según el informe publicado en *Sovietskaya Rossiya*, 6 de julio de 1963, cinco personas fueron ejecutadas, cinco condenadas a quince años de prisión.